

ARTURO DUPERIER *

Hace más de veinte años, bajo el patrocinio de la fundación Rockefeller, realizaba en Madrid investigaciones científicas tan bien calificadas que, desde Londres, los especialistas de su ciencia requirieron su concurso y, una vez confirmadas las esperanzas puestas en la obra de nuestro compatriota, entidades científicas, autoridades académicas, colegas y colaboradores ingleses le rodearon de un ambiente propicio, adecuado para acrecentar el rendimiento de sus tareas. Con plena dedicación auténtica nada entorpeció sus labores y alcanzó averiguaciones que, a juicio de los entendidos, han enriquecido copiosamente un capítulo novísimo de la Física, el de los rayos cósmicos, con lo cual su nombre quedó incluido en la breve lista de los sabios. Sin tardar resonaron aquí sus triunfos y, por feliz iniciativa de quienes a la sazón regían el departamento de Instrucción Pública, fue Duperier repatriado. No vino solo, y esto también merece subrayarse; trajo consigo lo que con razón más podría halagarle. La Universidad de Londres, caso infrecuente, se apresuró a poner a su disposición en España el instrumental indispensable para la persecución de sus investigaciones. Circunstancias lamentables mantuvieron bloqueados y ociosos estos aparatos que, entretanto, no habría de manejar Duperier. Un gran físico español (Julio Palacios, *ABC* 18-2-59, *La muerte de un sabio español*), señala causas, de esta bochornosa interferencia: «los trámites aduaneros y burocráticos por un lado, y la dificultad técnica de instalar aparatos delicadísimos que requieren una constancia muy rigurosa en la temperatura y en la tensión eléctrica con que operan, han sido

* Publicado en *Capela* (Boletín de información personal de un hombre que vive en el campo), Capela-Almendral (Badajoz), número VII mayo 1959.

causa de que transcurriesen cinco años interminables, sin que se haya podido iniciar en Madrid el registro permanente de la radiación cósmica». Entorpecedores, sin duda, estos obstáculos ¿hubieran persistido cinco años interminables frente a la acción decidida y la perseverancia y las debidas asistencias que requería, por más de un motivo, la singularidad del suceso? Ciertamente que sin los aparatos, y sin poder sustituirlos, no holgaba Duperier ni alega la excusa del impedimento. Con salud frágil y vocación recia le acaparan los afanes del investigador, y con valor heroico, avanza procurando, eso sí, pasar inadvertido. Palacios nos lo cuenta: «Traía los datos recogidos en Inglaterra y aquí, el solo, tras laboriosos cálculos, logró dar con la clave del enigma en que estaba envuelto el comportamiento de los mesones rápidos». De esta manera consiguió, al fin, comprobar la firmeza de sus hallazgos y, al llegar la muerte, le ocupaba la redacción definitiva de «una teoría que explica satisfactoriamente el comportamiento de los mesones de gran energía que penetran en nuestra atmósfera, fenómeno que lleva de cabeza a los especialistas en física nuclear».

Había dado Duperier, hace años, una lección memorable en la Universidad de Sevilla. Teniendo que hablar ante contadísimos peritos y muchos ignorantes, entre los que me cuento, el conferenciante aquel día acusó, la medida de sus dotes de expositor, con el dominio de su técnica. Sólo son capaces de comunicar algo esencial en términos magistrales quienes lo saben de verdad. A los legos, indiferentes, por lo general, ante el esfuerzo del saber, únicamente la presentación diáfana que luzca a la par con el misterio de las incógnitas abordadas, poniendo desvelos, concentración, amor y dudas, puede suscitarse curiosidad intensa. Por eso aquel día, mientras escuchábamos incluso vocablos desconocidos, la voz de Duperier nos penetraba y llegábamos a imaginar o a presentir la jerarquía de sus tareas, haciéndonos cargo de que el orador, sin el menor engreimiento, estaba a la altura de lo que estudiaba. No consiguió su modestia velar el resplandor de su inteligencia.

Varias veces después de aquella fecha me ha conmovido ver y escuchar a Duperier, entre sus íntimos. Sin en-

tender nada de lo propio de la especialidad del científico, la imagen patente del temple de una extraordinaria personalidad me sobrecogía. No concibo sabiduría alguna si no la destila la fecundidad de la virtud. Todo en Duperier confirma la superioridad del sabio: su actitud serena, pero acogedora; su elección de meta, su manera de conducirse; su abnegación sin lamentos, ni censuras, ni acritud, ni empacho de superioridad. Los mismos rasgos de su nobilísima fisonomía atraían: la bóveda del cráneo, la luz de su mirada clara, la sonrisa generosa e indulgente. La rareza del sabio, los frutos de la sabiduría, justificarían por sí solos que hiciéramos los hombres todo lo posible para ver a estos seres delicadísimos en una zona exenta de preocupaciones triviales y libres en absoluto del juego de los azares y los debates de la vida cotidiana. En el caso de Duperier los españoles no lo hemos hecho. Julio Palacios presiente y, a mi juicio, acierta al decir que tendríamos motivos para sentirnos obligados a hacer examen de conciencia. Duperier a quien varias veces encontré en casa, enfermo, vivió con pobreza en un piso raquítrico de la periferia de Madrid, al este de la ciudad, muy lejos de la Universidad y teniendo que utilizar, para visitarla, los medios de transportes colectivos, sufriendo molestias y perdiendo tiempo en cada viaje. ¿En qué medida y cuántos españoles reconocemos la amargura del caso? ¿Qué hicieron las clases rectoras? ¿Qué hemos hecho los hombres de estudio y, en primer término, los universitarios para buscarle amortiguadores que, sin roces ni vibraciones, le depararan sosiego y holgura? Si el déficit de sabios es por necesidad considerable ¿por qué esperar a verles caer para reconocer cuánto les debemos? El artículo de Palacios termina con estas tristes palabras, harto explicables ya que el espíritu de sacrificio únicamente lo aceptan, sin abrumarse y con garbo, las verdaderas vocaciones: «no deja colaboradores, porque nuestros jóvenes físicos solicitados por pingües ofertas, no se sentían inclinados a seguir la vida austera de su maestro».

Aquí debería terminar este rápido pobrísimo comentario, si no hubiese aparecido, a raíz del artículo de Julio Palacios, en el mismo diario (*Edición de Andalucía, 24-2-59*), otro, de un catedrático de la Universidad de Sevilla (Juan

M. Martínez Moreno: *Ante la muerte de un hombre de ciencia.*) Es un botón de muestra, con el tono ligeramente reticente, de una rectificación. Al parecer, el autor se propone señalar las causas por las cuales Duperier no deja colaboradores. Creo que no consigue hallarlas. Entre los que el autor, con cierta ironía, denomina «afortunados que ven sus méritos plena y oficialmente reconocidos», temo mucho que no predominen precisamente los jóvenes de «verdadera vocación científica» y docente, dado que no consiguieron, por lo visto, librarse de lo estragador de «los honores oficiales» cosa bastante hacedera. La exclamación que pone en labios de uno de ellos: «¡Dichosos quien como Duperier...!», me parece despiadada. Otras «los afortunados se verán obligados a enseñar a grandes masas de alumnos los rudimentos de la ciencia...; a dar conferencias que no sean demasiado científicas, para públicos amplios e indiscriminados..., a asistir a actos oficiales..., a hacer antesala en los ministerios...», traen a la mente la sentencia del fabulista: ¡Valemos mucho, por más que digan! La frase que empieza con estas palabras: «La humanidad quedará sin saber...», acaso esté escrita en broma, en mala ocasión desde luego. Todo ello, desgraciadamente, refleja la amargura del caso que, sin pretenderlo, confirman varios párrafos de este artículo; confirman la tremenda crisis de vocaciones serias y hondas que padecemos.

RAMÓN CARANDE THOVAR